ETC. CUMBRE URSS-VATICANO

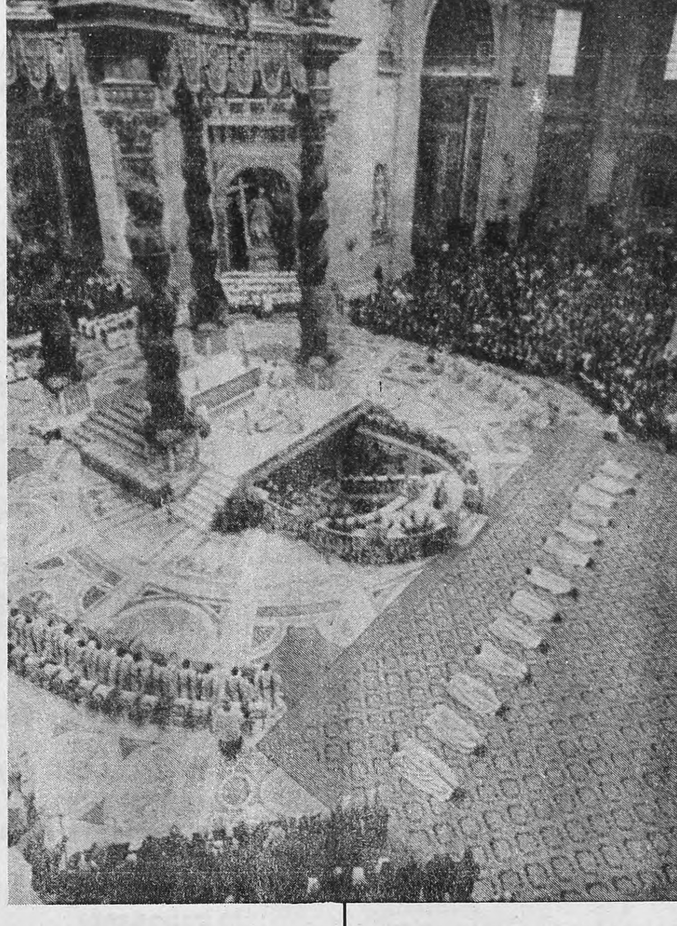
POR VOLUNTAD DE DIOS

PRIMICIA MUNDIAL



El semanario español "Cambio 16" anticipa en la edición que aparece recién manaña en Europa la próxima concreción de una reunión cumbre entre el papa Juan Pablo II y el líder soviético Mijail Gorbachov que tendrá por escenario la imponente Biblioteca Vaticana, y que forma parte de la ofensiva mundial de la Santa Sede en la nueva era de la distensión. Aunque jamás la ha nombrado, el Papa bendijo políticamente la perestroika ante el cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano cuando, hace un año, la describió como uno de los acontecimientos más positivos de 1988. Fue entonces cuando Gorbachov inició su marcha hacia Roma, confiado en ser un peregrino bien recibido. Sin embargo, el camino del líder soviético aún está empedrado de problemas.

AFP



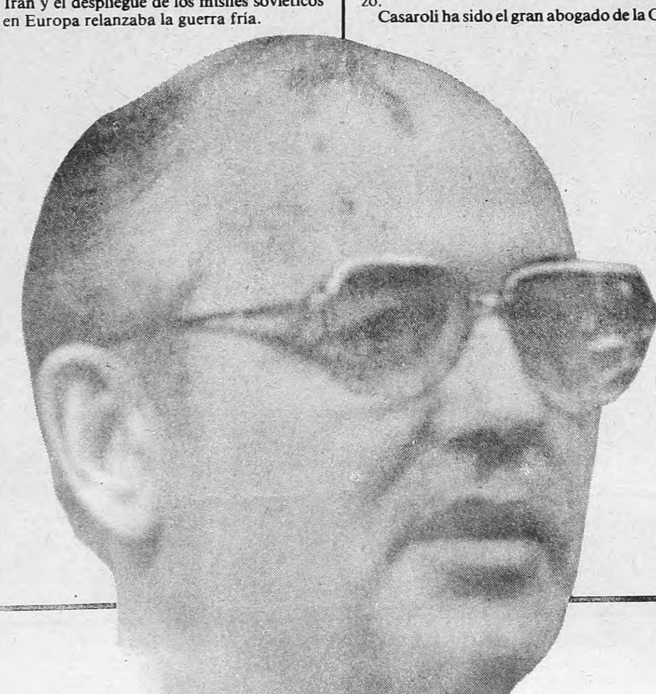
POR VOLUNTAD DE DIOS

*Por Juan Carlos Algañaraz**
desde Madrid

Milagro! ¡Milagro! El imponente escenario de la Biblioteca Vaticana verá llegar al líder soviético Mijail Gorbachov, estrechar la mano del Papa, intercambiar obsequios y sumergirse luego en una entrevista histórica para la que no necesitan intérpretes: el polaco Karol Wojtyla habla fluidamente el ruso.

Todas las buenas noticias que se encadenan en esta nueva era de distensión mundial palidecen ante la espectacularidad de la reunión entre las cabezas reinantes de dos imperios políticos y espirituales que han luchado a brazo partido por las mentes y las almas de los seres humanos durante buena parte del siglo XX.

Juan Pablo II llegó a la silla de Pedro arrastrando toda la fobia a los rusos y el anticomunismo de un católico nacionalista polaco. La rebelión en su país de los obreros y campesinos de Solidaridad profundizó esta animadversión, mientras la invasión de Afganistán, la crisis entre Estados Unidos e Irán y el despliegue de los misiles soviéticos en Europa relanzaba la guerra fría.



El antiespíritu

Ronald Reagan proclamó a la URSS como "el imperio del mal", y en 1986, en su encíclica *Dominum et Vivificaniem* sobre el Espíritu Santo, el Papa describió al materialismo histórico y dialéctico como "el antiespíritu".

Y llegó entonces la perestroika (reforma) de la mano de este terremoto mundial que ha significado Mijail Gorbachov y sus constantes iniciativas reformistas y de distensión.

Un diplomático y estadista excepcional, monseñor Agostino Casaroli, secretario de Estado del Vaticano, ha elaborado pacientemente una estrategia para adaptar los muy complejos intereses de la Iglesia Católica a unas relaciones internacionales que han dado un giro total.

Con dos milenios de historia a sus espaldas y una feligresía distribuida por todo el mundo, el Vaticano —la Iglesia Católica— está habituada a pensar en términos planetarios y desde perspectivas históricas a muy largo plazo.

Casaroli ha sido el gran abogado de la Ostpolitik (apertura hacia el Este) vaticana y si en noviembre, durante la visita de Gorbachov a Italia, tiene lugar la planeada entrevista con el Papa, su triunfo tendrá consecuencias políticas enormes.

Por ejemplo, la Iglesia está profundamente preocupada por unas relaciones económicas internacionales que privilegian el mundo desarrollado y la cuenca del Pacífico pero condenan al atraso y el desequilibrio social a Africa y a América latina. Estas son, precisamente, las dos áreas en donde más crecerá el mundo católico en las próximas décadas.

Esta coyuntura obliga al Vaticano a apoyar una rápida y profunda solución al problema de la deuda externa y una necesaria reforma del comercio mundial.

El secretario de Estado norteamericano, James Baker, ya ha proclamado que es América latina la prioridad fundamental del nuevo gobierno del presidente George Bush. Se espera, por lo tanto, una iniciativa sobre la deuda externa que sintonice con la que está preparando el actual presidente de la Comunidad Europea, Felipe González.

En América Central, la región más explosiva, los enviados del Papa son un eje fundamental de mediación. Pero el Vaticano espera completar su equipo con una joya de su diplomacia, el español Faustino Sainz Muñoz, nuevo nuncio en Cuba, consagrado en Madrid por el propio Casaroli. El flamante embajador vaticano —que participó en la solución del grave conflicto entre Argentina y Chile— debe organizar la visita del Papa a Cuba, todo un acontecimiento.

El secretario de Estado aprovechó su visita a España para pasar revista a la situación mundial con el presidente González, a quien informó a fondo de la proyectada reunión cumbre entre Gorbachov y Juan Pablo II.

El camino a Roma de Gorbachov está empedrado de problemas. Los más graves son políticos, directamente vinculados a Polonia y Checoslovaquia. La situación en Polonia ha dado un salto cualitativo favorable al aceptar el régimen comunista una apertura hacia el pluralismo y la posible legalización de Solidaridad, una condición que también impone la Comunidad Europea para colaborar en la solución de la parálisis económica polaca.

El cardenal Glemp, más cerca de Casaroli que de Carol Wojtyla en cuanto a mantener la paciencia ante el desbarajuste comunista, ha demostrado que tenía razón y era posible que Solidaridad fuera finalmente aceptada por el régimen, que firma así la sentencia de muerte al partido único.

Más difícil se presenta la situación en Checoslovaquia, con un gobierno poco afín a la glasnost y a la perestroika. Varias diócesis están sin obispos porque el régimen los acepta sólo cuando "aceptan sinceramente el socialismo real", o sea su autoridad. Pero los vientos desde Moscú y los acuerdos en Viena de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa obligarán al régimen a ceder. El ministro de asuntos religiosos viajó a Roma y negocia un acuerdo con el Vaticano.

Propósitos sinceros

Quedaban algunas dudas sobre Hungría, pero las recientes reformas y el clima político más abierto y pluralista del bloque comunista se han instalado en Budapest: en el Vaticano reina el optimismo.

Y, por fin, están en pleno proceso de solución las diferencias con la Unión Soviética en materia religiosa. Gorbachov ha convencido al Papa, que desconfiaba al principio de sus intenciones, de que sus propósitos reformistas son sinceros. El líder soviético sabe que sin una actitud tolerante en materia religiosa no hay verdadera glasnost interna ni se estimula la confianza con Occidente.

Gorbachov está convencido, además, de que proporcionando a los religiosos el máximo de libertad compatible con el sistema, los convierte en aliados de la perestroika.

El líder soviético ha dado grandes pasos para normalizar sus relaciones con el Vaticano. Los países bálticos constituyen el contencioso más grave, cuya incorporación por la fuerza a la URSS por Stalin jamás aceptó. Para la Santa Sede, Lituania, Letonia y Estonia continúan siendo países independientes.

Ascensos y promociones

En el Anuario Pontificio figuran los tres países seguidos de puntos suspensivos porque no hay, naturalmente, nuncios apostólicos. El reconocimiento tendría lugar mediante la promoción a obispos residenciales de los actuales administradores apostólicos, un cargo que sirve a la Iglesia para salir del paso.

Los soviéticos esperan que los "administradores" asciendan a nuncios y creen que han hecho ya concesiones fundamentales para ello. Por ejemplo, Gorbachov autorizó el retorno de monseñor Julijonas Steponsvicius como administrador apostólico de Vilniu, capital

POR VOLUNTAD DE DIOS

*Por Juan Carlos Algañaraz**
desde Madrid

AFP

Milagro! ¡Milagro! El imponente escenario de la Biblioteca Vaticana verá llegar al líder soviético Mijail Gorbachov, estrechar la mano del Papa, intercambiar obsequios y sumergirse luego en una entrevista histórica para la que no necesitan intérpretes: el polaco Karol Wojtyla habla fluidamente el ruso.

Todas las buenas noticias que se encadenan en esta nueva era de distensión mundial palidecen ante la espectacularidad de la reunión entre las cabezas reinantes de dos imperios políticos y espirituales que han luchado a brazo partido por las mentes y las almas de los seres humanos durante buena parte del siglo XX.

Juan Pablo II llegó a la silla de Pedro arrastrando toda la fobia a los rusos y el anticomunismo de un católico nacionalista polaco. La rebelión en su país de los obreros y campesinos de Solidaridad profundizó esta animadversión, mientras la invasión de Afganistán, la crisis entre Estados Unidos e Irán y el despliegue de los misiles soviéticos en Europa relanzaba la guerra fría.



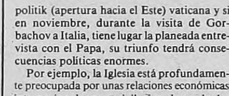
El antiespíritu

Ronald Reagan proclamó a la URSS como "el imperio del mal", y en 1986, en su encíclica *Dominum et Vivificaniem* sobre el Espíritu Santo, el Papa describió al materialismo histórico y dialéctico como "el antiespíritu".

Y llegó entonces la perestroika (reforma) de la mano de este terremoto mundial que ha significado Mijail Gorbachov y sus constantes iniciativas reformistas y de distensión.

Un diplomático y estadista excepcional, monseñor Agostino Casaroli, secretario de Estado del Vaticano, ha elaborado pacientemente una estrategia para adaptar los muy complejos intereses de la Iglesia Católica a unas relaciones internacionales que han dado un giro total.

Con dos milenios de historia a sus espaldas y una feligresía distribuida por todo el mundo, el Vaticano —la Iglesia Católica— está habituada a pensar en términos planetarios y desde perspectivas históricas a muy largo plazo.



Casaroli ha sido el gran abogado de la Ostpolitik (apertura hacia el Este) vaticana y si en noviembre, durante la visita de Gorbachov a Italia, tiene lugar la planeada entrevista con el Papa, su triunfo tendrá consecuencias políticas enormes.

Por ejemplo, la Iglesia está profundamente preocupada por unas relaciones económicas internacionales que privilegian el mundo desarrollado y la cuenca del Pacífico pero condenan al atraso y el desequilibrio social a Africa y a América latina. Estas son, precisamente, las dos áreas en donde más crecerá el mundo católico en las próximas décadas.

Esta coyuntura obliga al Vaticano a apoyar una rápida y profunda solución al problema de la deuda externa y una necesaria reforma del comercio mundial.

El secretario de Estado norteamericano, James Baker, ya ha proclamado que es América latina la prioridad fundamental del nuevo gobierno del presidente George Bush. Se espera, por lo tanto, una iniciativa sobre la deuda externa que sintonice con la que está preparando el actual presidente de la Comunidad Europea, Felipe González.

En América Central, la región más explosiva, los enviados del Papa son un eje fundamental de mediación. Pero el Vaticano espera completar su equipo con una joya de su diplomacia, el español Faustino Sainz Muñoz, nuevo nuncio en Cuba, consagrado en Madrid por el propio Casaroli. El flamante embajador vaticano —que participó en la solución del grave conflicto entre Argentina y Chile— debe organizar la visita del Papa a Cuba, todo un acontecimiento.

El secretario de Estado aprovechó su visita a España para pasar revista a la situación mundial con el presidente González, a quien informó a fondo de la proyectada reunión cumbre entre Gorbachov y Juan Pablo II.

El camino a Roma de Gorbachov está empedrado de problemas. Los más graves son políticos, directamente vinculados a Polonia y Checoslovaquia. La situación en Polonia ha dado un salto cualitativo favorable al aceptar el régimen comunista una apertura hacia el pluralismo y la posible legalización de Solidaridad, una condición que también impone la Comunidad Europea para colaborar en la solución de la parálisis económica polaca.

El cardenal Glemp, más cerca de Casaroli que de Carol Wojtyla en cuanto a mantener la paciencia ante el desbarajuste comunista, ha demostrado que tenía razón y era posible que Solidaridad fuera finalmente aceptada por el régimen, que firma así la sentencia de muerte al partido único.

Más difícil se presenta la situación en Checoslovaquia, con un gobierno poco afín a la glasnost y a la perestroika. Varias diócesis están sin obispos porque el régimen los acepta sólo cuando "aceptan sinceramente el socialismo real", o sea su autoridad. Pero los vientos desde Moscú y los acuerdos en Viena de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa obligarán al régimen a ceder. El ministro de asuntos religiosos viajó a Roma y negocia un acuerdo con el Vaticano.

Propósitos sinceros

Quedaban algunas dudas sobre Hungría, pero las recientes reformas y el clima político más abierto y pluralista del bloque comunista se han instalado en Budapest: en el Vaticano reina el optimismo.

Y, por fin, están en pleno proceso de solución las diferencias con la Unión Soviética en materia religiosa. Gorbachov ha convencido al Papa, que desconfiaba al principio de sus intenciones, de que sus propósitos reformistas son sinceros. El líder soviético sabe que sin una actitud tolerante en materia religiosa no hay verdadera glasnost interna ni se estimula la confianza con Occidente.

Gorbachov está convencido, además, de que proporcionando a los religiosos el máximo de libertad compatible con el sistema, los convierte en aliados de la perestroika.

El líder soviético ha dado grandes pasos para normalizar sus relaciones con el Vaticano. Los países bálticos constituyen el contencioso más grave, cuya incorporación por la fuerza a la URSS por Stalin jamás aceptó. Para la Santa Sede, Lituania, Letonia y Estonia continúan siendo países independientes.

Ascensos y promociones

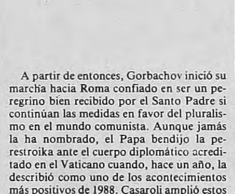
En el Anuario Pontificio figuran los tres países seguidos de puntos suspensivos porque no hay, naturalmente, nuncios apostólicos. El reconocimiento tendría lugar mediante la promoción a obispos residenciales de los actuales administradores apostólicos, un cargo que sirve a la Iglesia para salir del paso.

Los soviéticos esperan que los "administradores" asciendan a nuncios y creen que han hecho ya concesiones fundamentales para ello. Por ejemplo, Gorbachov autorizó el retorno de monseñor Julijonas Steponsvicius como administrador apostólico de Vilniu, capital de Lituania. También le fue devuelta la catedral y se le permitió organizar una considerable ampliación de las actividades religiosas en un país donde el ochenta por ciento de los habitantes son católicos, como en Polonia.

Enviar los nuncios a los países bálticos equivaldría a reconocer el imperio soviético. Habrá protestas a raudales, "pero es el precio a pagar para que el proceso de distensión y la Ostpolitik vaticana continúen marchando", explicó el teólogo Luigi Sandri.

Existe otro problema que afecta a la Iglesia Ortodoxa y no a Gorbachov: Ucrania y los "uniatos", herederos de un sínodo que en 1596 decidió unirse a Roma. Los fieles no aceptan ser considerados miembros por decreto de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La Iglesia Católica hasta ha nombrado obispos clandestinos manteniendo una reivindicación que constituye su principal problema con los ortodoxos.

Los buenos oficios de monseñor Casaroli han encarrilado el problema hacia la negociación, después de sus conversaciones durante la visita que realizó a la URSS para las celebraciones del Milenario del Cristianismo en Rusia.



A partir de entonces, Gorbachov inició su marcha hacia Roma confiado en ser un peregrino bien recibido por el Santo Padre si continúan las medidas en favor del pluralismo en el mundo comunista. Aunque jamás la ha nombrado, el Papa bendijo la perestroika ante el cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano cuando, hace un año, la describió como uno de los acontecimientos más positivos de 1988. Casaroli amplió estos conceptos señalando que la perestroika era uno de los "más importantes e inesperados" acontecimientos.

Cuando se encuentren, Gorbachov y Wojtyla (el ruso y el polaco) compartirán una identidad eslava que insistirá sobre la necesidad de que el nuevo mundo multipolar que surge en el umbral del siglo XXI no se olvide de la vigencia del concepto gaullista de que Europa se extiende desde los Urales hasta el Atlántico. Conflictivo, cargado de historia, el Este europeo reclamará su lugar en el nuevo equilibrio de relaciones internacionales.

* *Editor internacional de* Cambio 16.



EL REINO DE ESTE MUNDO

La Iglesia Católica es una institución más compleja de lo que a primera vista parece. No sólo en el aspecto teológico, sino principalmente en la estructura que se ha dado en casi dos mil años de vida.

Es un Estado independiente y soberano, que se declara neutral, e inviolable su territorio. Mantiene relaciones diplomáticas con los demás gobiernos a través de los nuncios o de los encargados de negocios y la mayoría de los países mantiene embajadores en Ciudad del Vaticano. No posee cuerpos armados de defensa, y la famosa Guardia Suiza sólo cumple un rol más bien nominal, encargándose la policía italiana de mantener el orden en la plaza de San Pedro. Sin embargo, pese a la inviolabilidad de su territorio, no acostumbra a otorgar asilo a las personas que busque la justicia italiana por cargos criminales.

El rol de jefe de Estado lo ejerce el Pontífice y en él residen los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, aunque a veces lo delega por razones prácticas en los organismos especialmente creados por los distintos papas. Estas congregaciones y consejos conforman la llamada Curia Romana.

La Curia Romana es el conjunto de las instituciones (congregaciones, consejos, etcétera) que ayudan al Papa en la administración del Estado Vaticano y de la Iglesia. Su origen se remonta como tal a la Edad Media, al igual que el Sacro Colegio, que es el organismo compuesto por los cardenales y que goza del derecho de elegir al Papa y de gobernar la Iglesia en ausencia de éste, si es que la vacante aún no es ocupada.

La Curia, de la que se dice que la mayoría de sus miembros no ha realizado jamás labor pastoral y que por su rol de funcionarios eclesiásticos componen el verdadero poder detrás del Papa, ha sufrido dos reformas importantes en el último tiempo. Según el experto José Antonio Viera-Gallo, luego de las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II, la Curia se ha convertido en una estructura "más transparente y descentralizada". Sin embargo, otros estudiosos señalan que, aunque ha perdido fuerza ese tiempo, ésta la ha recogido la Secretaría de Estado y el propio Pontífice, agudizándose la centralización del poder.

Las más importantes reformas que impulsó Pablo VI fueron la internacionalización de la Curia y la imposición de una edad límite (75 años) para ejercer los distintos cargos. Juan Pablo II generó otra que se concretó recién en junio de 1988, uno de cuyos puntos más importantes es el tocante a la Secretaría de Estado, creada en el siglo XV con el nombre de Secretaría Apostólica, y que actualmente es un verdadero "órgano central" de la Curia con competencia sobre todas las congregaciones.

El actual secretario de Estado es el cardenal Agostino Casaroli, quien este año debería dimitir al cumplir la edad límite. Antes de la reforma del actual Papa, existía en forma paralela un Consejo de Asuntos Públicos creado en el siglo XIX, que tenía como prefecto al propio Casaroli y de secretario al cardenal Achille Silvestrini. Su rol era examinar los asuntos que se refieren a las leyes civiles, las relaciones diplomáticas y el funcionamiento de la Comisión Pontificia para la Comunicación Social.

Ahora la Secretaría de Estado refundió a los dos organismos, creando dos secciones en su interior: una, de Asuntos Generales, cuyo titular es el cardenal australiano Eduardo Cassidy, y otra, de Relaciones con los Estados, presidida, con el cargo de secretario, por monseñor Angelo Sodano.

Pero la estructura vaticana va más allá de la importantísima Secretaría de Estado. Según el Tratado de Letrán, Ciudad del Vaticano es un ente distinto al de la Santa Sede. Su gobierno está en manos —por expresa disposición papal— de la pontificia Comisión para el Estado, cuyo actual presidente es monseñor Sebastián Baggio, quien anteriormente se desempeñó como nuncio en nuestro país. El gobernador de la ciudad, que se preocupa de los asuntos ordinarios, es Hugo Poletti. Hasta 1984 el puesto de monseñor Baggio lo ocupaba Agostino Casaroli, teniendo como secretario a Paul Marcinkus, quien ya había cobrado notoriedad con el asunto del Banco Ambrosiano.

El Poder Judicial está compuesto por un tribunal de primera instancia, una corte de apelaciones y una corte de casación. El actual prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica es Achille Silvestrini.

La jerarquía católica, que tiene como cabeza al Pontífice, está compuesta por una serie de organismos secundarios. Sin embargo, esta estructura ha generado críticas de algunos sectores.

La jerarquía católica tiene como cabeza al Pontífice, de quien dependen una serie de organismos secundarios. Primero está el Sacro Colegio, los Patriarcados, que no siempre tienen algún poder de gobierno y que permanecen desde los primeros siglos. Existen patriarcas en Alejandría, Antioquía, Caldea, Jerusalén, Lisboa, Armenia, India y Venecia. Luego están los obispos y arzobispos, que rigen un territorio limitado los primeros (diócesis) y uno mayor, con obispos dependientes, los segundos. La elección de estos hombres ha generado conflictos especialmente después del C.V.II. En los primeros tiempos eran los propios religiosos quienes los elegían de acuerdo a sus méritos; sin embargo, desde 1917 es el Papa quien tiene a su cargo los nombramientos a proposición de los nuncios y de la Sagrada Congregación para los Obispos, creada con otras características y otro nombre en el siglo XVI.

El Sínodo de Obispos, que fue establecido por Pablo VI en 1965, es una asamblea a la que asisten todos los obispos de una región en un momento determinado, aunque puede discutir todas las materias, no tiene poder decisorio, a menos que así lo determine el Papa. El Secretariado General del Sínodo está compuesto por quince personas, tres de las cuales son nominadas por el Papa y el resto por sus pares. Su poder lo ejercen entre una y otra Asamblea General. Entre las labores de los obispos existe también la visita adlimina, en la cual una vez cada cinco años deben acudir a Roma, ya sea ellos o sus delegados, a rendir cuentas de su función.

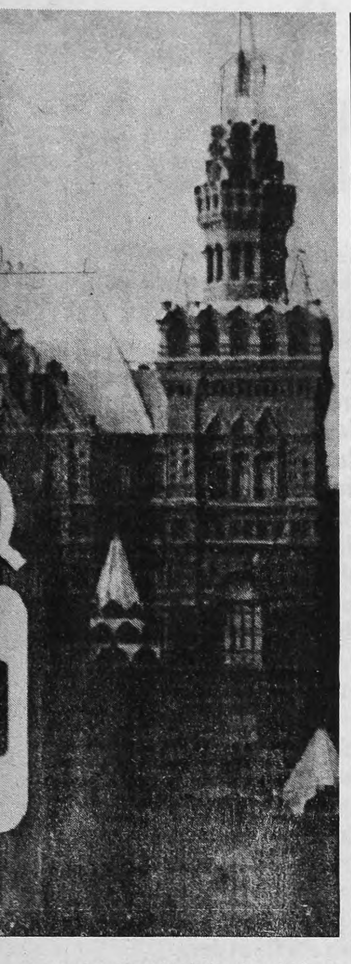
Los concilios, en cambio, son las reuniones masivas de obispos y cardenales y demás miembros de la jerarquía que se realizan muy esporádicamente y que determinan las líneas generales de la Iglesia.

Otros órganos de poder son las Sagradas Congregaciones para la Doctrina de la Fe (a cargo del cardenal Ratzinger), para los Obispos, para la Iglesia Oriental, para el Clero. Asimismo, son numerosas las comisiones y secretarías, entre ellas la para los No Creyentes, para los No Cristianos, para la Familia y otras.

También están las oficinas que rigen la administración de los bienes vaticanos y sus finanzas, y una de las más importantes es la Prefectura para los Asuntos Económicos de la Santa Sede, que fue instituida por Pablo VI en 1967, que coordina y controla las inversiones realizadas. Juan Pablo II determinó en 1982 que estuviera conformada por cinco cardenales.

En las relaciones exteriores, el Papa es representado por 116 nuncios apostólicos, los que para algunos teólogos son bastante conservadores en el ejercicio de sus funciones diplomáticas.

Cualquiera sea su rol, son la mano visible del mentado poder de Roma.



de Lituania. También le fue devuelta la catedral y se le permitió organizar una considerable ampliación de las actividades religiosas en un país donde el ochenta por ciento de los habitantes son católicos, como en Polonia.

Enviar los nuncios a los países bálticos equivaldría a reconocer el imperio soviético. Habrá protestas a raudales, "pero es el precio a pagar para que el proceso de distensión y la Ostpolitik vaticana continúen marchando", explicó el teólogo Luigi Sandri.

Existe otro problema que afecta a la Iglesia Ortodoxa y no a Gorbachov: Ucrania y los "uniatos", herederos de un sínodo que en 1596 decidió unirse a Roma. Los fieles no aceptan ser considerados miembros por decreto de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La Iglesia Católica hasta ha nombrado obispos clandestinos manteniendo una reivindicación que constituye su principal problema con los ortodoxos.

Los buenos oficios de monseñor Casaroli han encarrilado el problema hacia la negociación, después de sus conversaciones durante la visita que realizó a la URSS para las celebraciones del Milenario del Cristianismo en Rusia.

A partir de entonces, Gorbachov inició su marcha hacia Roma confiado en ser un peregrino bien recibido por el Santo Padre si continúan las medidas en favor del pluralismo en el mundo comunista. Aunque jamás la ha nombrado, el Papa bendijo la perestroika ante el cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano cuando, hace un año, la describió como uno de los acontecimientos más positivos de 1988. Casaroli amplió estos conceptos señalando que la perestroika era uno de los "más importantes e inesperados" acontecimientos.

Cuando se encuentren, Gorbachov y Wojtyla (el ruso y el polaco) compartirán una identidad eslava que insistirá sobre la necesidad de que el nuevo mundo multipolar que surge en el umbral del siglo XXI no se olvide de la vigencia del concepto gaullista de que Europa se extiende desde los Urales hasta el Atlántico. Conflictivo, cargado de historia, el Este europeo reclamará su lugar en el nuevo equilibrio de relaciones internacionales.

* *Editor internacional de* Cambio 16.



EL REINO DE ESTE MUNDO

La Iglesia Católica es una institución más compleja de lo que a primera vista parece. No sólo en el aspecto teológico, sino principalmente en la estructura que se ha dado en casi dos mil años de vida.

Es un Estado independiente y soberano, que se declara neutral, e inviolable su territorio. Mantiene relaciones diplomáticas con los demás gobiernos a través de los nuncios o de los encargados de negocios y la mayoría de los países mantiene embajadores en Ciudad del Vaticano. No posee cuerpos armados de defensa, y la famosa Guardia Suiza sólo cumple un rol más bien nominal, encargándose la policía italiana de mantener el orden en la plaza de San Pedro. Sin embargo, pese a la inviolabilidad de su territorio, no acostumbra a otorgar asilo a las personas que busque la justicia italiana por cargos criminales.

El rol de jefe de Estado lo ejerce el Pontífice y en él residen los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, aunque a veces lo delega por razones prácticas en los organismos especialmente creados por los distintos papas. Estas congregaciones y consejos conforman la llamada Curia Romana.

La Curia Romana es el conjunto de las instituciones (congregaciones, consejos, etcétera) que ayudan al Papa en la administración del Estado Vaticano y de la Iglesia. Su origen se remonta como tal a la Edad Media, al igual que el Sacro Colegio, que es el organismo compuesto por los cardenales y que goza del derecho de elegir al Papa y de gobernar la Iglesia en ausencia de éste, si es que la vacante aún no es ocupada.

La Curia, de la que se dice que la mayoría de sus miembros no ha realizado jamás labor pastoral y que por su rol de funcionarios eclesiásticos componen el verdadero poder detrás del Papa, ha sufrido dos reformas importantes en el último tiempo. Según el experto José Antonio Viera-Gallo, luego de las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II, la Curia se ha convertido en una estructura "más transparente y descentralizada". Sin embargo, otros estudiosos señalan que, aunque ha perdido fuerza ese tiempo, ésta la ha recogido la Secretaría de Estado y el propio Pontífice, agudizándose la centralización del poder.

Las más importantes reformas que impulsó Pablo VI fueron la internacionalización de la Curia y la imposición de una edad límite (75 años) para ejercer los distintos cargos. Juan Pablo II generó otra que se concretó recién en junio de 1988, uno de cuyos puntos más importantes es el tocante a la Secretaría de Estado, creada en el siglo XV con el nombre de Secretaría Apostólica, y que actualmente es un verdadero "órgano central" de la Curia con competencia sobre todas las congregaciones.

El actual secretario de Estado es el cardenal Agostino Casaroli, quien este año debería dimitir al cumplir la edad límite. Antes de la reforma del actual Papa, existía en forma paralela un Consejo de Asuntos Públicos creado en el siglo XIX, que tenía como prefecto al propio Casaroli y de secretario al cardenal Achille Silvestrini. Su rol era examinar los asuntos que se refieren a las leyes civiles, las relaciones diplomáticas y el funcionamiento de la Comisión Pontificia para la Comunicación Social.

Ahora la Secretaría de Estado refundió a los dos organismos, creando dos secciones en su interior: una, de Asuntos Generales, cuyo titular es el cardenal australiano Eduardo Cassidy, y otra, de Relaciones con los Estados, presidida, con el cargo de secretario, por monseñor Angelo Sodano.

Pero la estructura vaticana va más allá de la importantísima Secretaría de Estado. Según el Tratado de Letrán, Ciudad del Vaticano es un ente distinto al de la Santa Sede. Su gobierno está en manos —por expresa disposición papal— de la pontificia Comisión para el Estado, cuyo actual presidente es monseñor Sebastián Baggio, quien anteriormente se desempeñó como nuncio en nuestro país. El gobernador de la ciudad, que se preocupa de los asuntos ordinarios, es Hugo Poletti. Hasta 1984 el puesto de monseñor Baggio lo ocupaba Agostino Casaroli, teniendo como secretario a Paul Marcinkus, quien ya había cobrado notoriedad con el asunto del Banco Ambrosiano.

El Poder Judicial está compuesto por un tribunal de primera instancia, una corte de apelaciones y una corte de casación. El actual prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica es Achille Silvestrini.

La jerarquía católica, que tiene como cabeza al Pontífice, está compuesta por una serie de organismos secundarios. Sin embargo, esta estructura ha generado críticas de algunos sectores.

La jerarquía católica tiene como cabeza al Pontífice, de quien dependen una serie de organismos secundarios. Primero está el Sacro Colegio, los Patriarcados, que no siempre tienen algún poder de gobierno y que permanecen desde los primeros siglos. Existen patriarcas en Alejandría, Antioquía, Caldea, Jerusalén, Lisboa, Armenia, India y Venecia. Luego están los obispos y arzobispos, que rigen un territorio limitado los primeros (diócesis) y uno mayor, con obispos dependientes, los segundos. La elección de estos hombres ha generado conflictos especialmente después del C.V.II. En los primeros tiempos eran los propios religiosos quienes los elegían de acuerdo a sus méritos; sin embargo, desde 1917 es el Papa quien tiene a su cargo los nombramientos a proposición de los nuncios y de la Sagrada Congregación para los Obispos, creada con otras características y otro nombre en el siglo XVI.

El Sínodo de Obispos, que fue establecido por Pablo VI en 1965, es una asamblea a la que asisten todos los obispos de una región en un momento determinado, aunque puede discutir todas las materias, no tiene poder decisorio, a menos que así lo determine el Papa. El Secretariado General del Sínodo está compuesto por quince personas, tres de las cuales son nominadas por el Papa y el resto por sus pares. Su poder lo ejercen entre una y otra Asamblea General. Entre las labores de los obispos existe también la visita ad-limina, en la cual una vez cada cinco años deben acudir a Roma, ya sea ellos o sus delegados, a rendir cuentas de su función.

Los concilios, en cambio, son las reuniones masivas de obispos y cardenales y demás miembros de la jerarquía que se realizan muy esporádicamente y que determinan las líneas generales de la Iglesia.

Otros órganos de poder son las Sagradas Congregaciones para la Doctrina de la Fe (a cargo del cardenal Ratzinger), para los Obispos, para la Iglesia Oriental, para el Clero. Asimismo, son numerosas las comisiones y secretarías, entre ellas la para los No Creyentes, para los No Cristianos, para la Familia y otras.

También están las oficinas que rigen la administración de los bienes vaticanos y sus finanzas, y una de las más importantes es la Prefectura para los Asuntos Económicos de la Santa Sede, que fue instituida por Pablo VI en 1967, que coordina y controla las inversiones realizadas. Juan Pablo II determinó en 1982 que estuviera conformada por cinco cardenales.

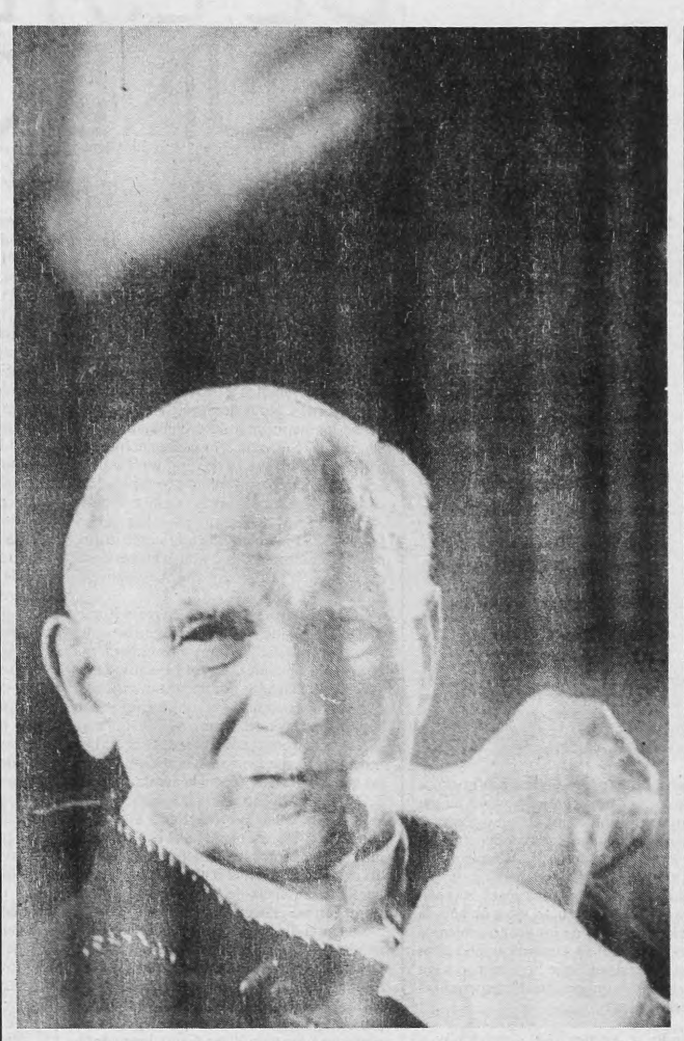
En las relaciones exteriores, el Papa es representado por 116 nuncios apostólicos, los que para algunos teólogos son bastante conservadores en el ejercicio de sus funciones diplomáticas.

Cualquiera sea su rol, son la mano visible del mentado poder de Roma.

¿DONDE SE FUE EL CRISTIANISMO?

Por Anthony Burgess

Uno de los críticos más cáusticos de la sociedad británica, el escritor católico Anthony Burgess, autor de "La naranja mecánica", "El reino de los réprobos", "Llueve en Roma", "Sinfonía napoleónica" y "Noticias del mundo" reflexiona en esta polémica nota, escrita el día después de Navidad, sobre el presente doctrinario del cristianismo. Para Burgess, se dio y se da todavía una quiebra de la autoridad en la cima, tanto en la Iglesia no reformada como en sus hermanas cismáticas. El Papa —escribe— viaja en jet por todo el mundo para eludir el duro trabajo de despacho de la definición doctrinal.



El día siguiente al de Navidad, la fiesta de San Esteban —que fue lapidado hasta morir no por ser cristiano, sino porque era un judío griego que no honraba lo suficiente el templo de Jerusalén— es un buen momento de resaca para considerar lo que le ha sucedido al cristianismo. En un sentido ético, el cristianismo todavía está con nosotros, porque al menos hablamos de boca para afuera de los principios de amor fraterno, tolerancia, indulgencia, pero Jesucristo no inventó estas virtudes. Estuvo más preocupado por repetir insistentemente, para que lo oyeran los escépticos, que él era el hijo de Dios, y que existía una realidad eterna llamada el reino de los cielos. La noche de la víspera de su muerte instituyó una fiesta nueva y cotidiana de la que todavía algunos abominan tildándola de caníbal. Afirmó transformar el pan y el vino en su propia carne y su propia sangre e insistió en que la ingestión de ambas constituía un medio de afirmar el contacto con él, aunque dejara la vida de carne y sangre. La doctrina de su identificación con el Padre causó problemas tan pronto como el Imperio Romano pasó a ser cristiano y dio a los teólogos profesionales la oportunidad de reflexionar persistentemente sobre dicha doctrina. La de la transubstanciación todavía causa problemas, y las iglesias reformadas la rechazan. Dejemos a un lado la ética, y el cristianismo es visto como algo tan sutil y complejo que tenía que convertirse en un campo de batallas legalistas, siempre dispuesto a dividirse en sectas para acomodarse a una multitud de interpretaciones diversas.

Una de las acusaciones que los romanos paganos hicieron a los primitivos cristianos fue la de su nauseabunda inmoralidad. Es cierto que varias de las iglesias, o grupos de adoradores, contra las que San Pablo lanzó sus invectivas pensaban que el pecado no importaba demasiado. Jesucristo había tomado sobre sí la carga del pecado humano y lo había expiado en la cruz, de manera que los pecados presentes y futuros, así como los pasados, eran perdonados antes de ser cometidos. Martín Lutero atacó a una disoluta Iglesia de Roma y ocasionó la Reforma. Ignacio de Loyola aportó el rigor y el espíritu de los disciplinados soldados españoles para llevar a cabo su Contrarreforma, y nacieron los jesuitas. Judíos y musulmanes, que se rodeaban de severas leyes de conducta que incluso abarcaban la forma de alimentarse, siempre han dado muestras de desaprobación ante la laxitud de la conducta de los cristianos. Tal laxitud podía ser vista como un espejo de la confusión doctrinal, que ciertamente no tiene paralelo en el Islam. Aunque los musulmanes luchan entre sí, están bastante bien unidos en los principios fundamentales. Cuando yo vivía en Malasia estuve a punto de abrazar la religión islámica (ya estaba preparado para mi nuevo nombre: Yahya bin Abdullah) a causa de la sencillez de su fe y de la razonable austeridad de sus normas de conducta. El cristianismo había alcanzado el límite sectario: ¿cuál era la iglesia verdadera?

Yo fui educado en el catolicismo, pero el *aggiornamento* del papa Juan XXIII me preocupó. Particularmente en América, me encontré con sacerdotes y monjas que no sabían dónde estaban. Los seglares no conocían las normas sexuales: *How far can you go? (¿Hasta dónde puedes llegar?)* es el acertado título de una de las novelas de David Lodge, que trata de la desordenada vida sexual de los católicos británicos. La introducción de los idiomas vernáculos en la liturgia deterioró la unidad lingüística del catolicismo: mi mujer y yo, al entrar en una iglesia maltesa, nos sentimos escandalizados al oír la invocación de Alá y conocer que la Cuaresma se llamaba ahora el Ramadán. La liberalización del ritual de la Iglesia significó principalmente su vulgarización —patanes con guitarras cantando con quejidos canciones *pop* sobre el amor de Dios, coreografías ineptas, nuevas plegarias ecuménicas en un inglés trillado—.

Se dio, y todavía se da, una quiebra de la autoridad en la cima, tanto de la Iglesia no reformada como en sus hermanas cismáticas. El Papa actual vuela en *jet* por todo el mundo, una manera de eludir el duro trabajo de despacho de la definición doctrinal —excepto, por supuesto, en esa área demasiado fácil de la conducta sexual—. Las iglesias reformadas están empezando a aceptar la ordenación femenina, poniendo los supuestos derechos de la mujer antes del profundo simbolismo del matrimonio del alma con su divino maestro.

Es ésta una época para exigir derechos y hablar poco de deberes. Pero el cristianismo otorga pocos derechos, excepto el de la elección moral —la única elección que importa—. Mucha gente desea que el cristianismo perdone o justifique sus vidas seculares —que apruebe la homosexualidad, la fornicación y el aborto—. Pero una religión no funciona de esa manera. Exige deberes, condena los pecados, reparte castigos y recompensas. No tenemos ninguna obligación de doblegarnos ante sus edictos —después de todo somos libres—, pero no entendemos la naturaleza de una creencia si esperamos de ella que nos haga fácil la vida. Porque lo que ninguna religión hará es limitarse a ser un lugar de culto y volver la espalda a lo que sucede en el exterior.

Desde luego, estamos viviendo la aparición de mucho evangelismo, especialmente en Estados Unidos: hay canales de televisión entregados a la palabra de Dios. Son en su mayor parte fundamentalistas, confiando en lo que se dice en la Biblia, aunque pocos de sus adeptos se toman la molestia de aprender hebreo o griego. Son también proféticos y apocalípticos, encontrando profecías del próximo juicio final en los textos sagrados. Todo esto encaja con la tradición: las palabras del Antiguo Testamento siempre estaban en la boca de Cristo mientras forjaba los materiales del nuevo; él creía también que el fin del mundo estaba en camino. Pero la emotividad que se transforma demasiado fácilmente en histeria no es un sustitutivo del rigor intelectual de la Iglesia que produjo a Santo Tomás de Aquino y a Dante Alighieri. Sin unidad y sin una autoridad central no existe mucha esperanza para el cristianismo.

El prodigio básico de la fe radica en la buena voluntad de Dios para descender a la Tierra en forma de hombre. Esto no es fácil de aceptar como un hecho histórico, y puede entenderse por qué los judíos lo niegan. Los musulmanes consideran a Nabi Isa, o el profeta Jesús, como el último de los grandes maestros antes de Nabi Muhammand, o el profeta Mahoma. Son sensatos al insitir en el desconocimiento de la imagen de su profeta, quien, trascendiendo la biografía y la iconografía, inspira temor. Jesucristo ya no lo inspira. Puede vérsele como demasiado humano en la pantalla grande y en la pequeña. *Jesucristo Superstar* era una desdichada vulgarización. *La última tentación de Cristo*, de Scorsese, escandaliza sencillamente porque es lógica: si Cristo fue un hombre, tuvo los instintos de un hombre, incluyendo el sexual. Pero cualquier intento de transformar a Jesús en un héroe de los medios de comunicación de masas lo disminuye. Podemos esperar en el futuro alguna demoledora novela en la que Cristo sea un travestido, un hermafrodita o una mujer con una profunda voz de contralto. Se ha convertido en una simple materia plástica, en un palestino excéntrico que decía cosas sorprendentes. ¿El hijo de Dios? Bueno, todos nosotros somos hijos de Dios, ¿no es cierto?, cualquier cosa o quien quiera que Dios sea.

Queda el acto más asombroso e inaceptable de Cristo: el milagro de la Ultima Cena. Hacer de la presencia humana de Cristo parte de uno mismo mediante la toma de un trozo de pan y un sorbo de vino consagrados es quizá aceptable para los supersticiosos campesinos italianos, pero difícilmente lo es para el hombre urbano, instruido y sofisticado. De manera que acabamos en una emasculada ceremonia de simple conmemoración. La eucaristía es algo tan espantoso como la doctrina del infierno. Debido a que no nos gusta una cosa, la ignoramos o nos persuadimos de que no existe. La forma en que nos comportamos no tiene ninguna importancia eterna, y posiblemente éste sea el motivo de que nos comportemos mal.

En el Reino Unido se sigue fingiendo estar de acuerdo con el cristianismo, aunque haya dejado de ser una creencia oficial en una sociedad que tiene que dar cabida a las religiones orientales.

Existe el sentimiento de que la restauración de la doctrina cristiana, completada con el fuego del infierno, podría tener un efecto sobre la violenta juventud (aunque la historia nos enseñe que siempre ha habido en nuestras calles asesinatos y agresiones). Lo que con toda evidencia no quiere la gente es el terrible mensaje del cristianismo, que impone la aceptación del Dios-hombre como una presencia cotidiana y como una manera de abordar la conducta diaria, que implica salvación y condenación. Al menos en el Reino Unido podríamos también dar por perdido el cristianismo. Es, o bien fanático (con el presidente de la Cámara de los Lores condenado por asistir a una misa católica), o caballeroso y tibio. Cristo dijo que arrojaba de su boca al tibio.

Mis pensamientos son de resaca anticipada, apropiados para la fiesta del primer mártir cristiano. Esteban, el judío griego, tuvo un momento de éxtasis antes de ser llevado para su lapidación (con Saulo, todavía no Pablo, sosteniendo la ropa de abrigo de los lapidadores). Fue consciente de la brillante luz de la divinidad hecha hombre. Únicamente el loco o el excéntrico tienen hoy tales revelaciones, y no salen en los periódicos. El cristianismo no es considerado como suficientemente loco, pero ha llegado a ser un terrible incómodo. Y la gente prefiere ser malvada a sentirse incómoda.